

✓ VIDA UNIVERSITARIA

El 1º de marzo del presente año se cumplieron 25 años de la muerte del primer rector, el inolvidable Mons. Manuel José Sierra. Para conmemorar tan dolorosa recordación, el claustro de la Facultad se hizo presente en la tumba para rendirle el homenaje del afecto inmutable. Llevó la palabra el doctor Guillermo Jaramillo Barrientos.

El 4 del mismo mes cumplió, a su vez, 25 años de rectorado en la Universidad Mons. Félix Henao Botero. Para congratularle, la Universidad le confirió el doctorado, honoris causa, en Filosofía y Letras. Con tal motivo el ilustrísimo señor rector pronunció el siguiente discurso:

Excelencia, amigos:

Gratísimo es para mí como Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana, dar gracias rendidas al Padre Santo por el honor inesperado que me otorga. Placentero además, recibir el título de vos, excelentísimo señor Escobar Vélez, como delegado de nuestro canciller, porque habéis compartido por más de un lustro el régimen docente y los afanes en nuestra común Universidad.

Honroso igualmente, el que el mejor crítico literario y filosófico de la nueva generación de escritores antioqueños, exímio discípulo y compañero, doctor René Uribe Ferrer, me congratule en nombre del nobilísimo Consejo Directivo. Y obligatorio finalmente, para mí, explicarle a fundadores, profesores y estudiantes, cómo hemos cumplido aquí en la Universidad aquellas tres características que traen los estatutos y que en filosofía podrían llamarse su causa formal: ser católico, ser social y ser docente.

La Universidad es católica

Católica, lo cual significa universal. Las universidades nacieron en las catedrales en donde se guarecieron las letras clásicas y a cuyo amparo y mecenazgo florecieron las artes.

Roma heredó de Grecia la cultura, la filosofía y la religión y a la Roma Imperial en decadencia sucedió la Roma Pontifical que elaboró un programa con bases en el Sinaí y en el Evangelio sobre la persona humana, sobre la justicia y el amor, acerca de la familia y de la paz, del trabajo dignificado, que irrigió por todos los ángulos del globo. No ha tenido hiatos de cultura cristiana ni semejante a través de la historia en su contenido doctrinario, en la fecundidad artística, en la proliferación del Santo que es la plenitud del carácter. Vaya el investigador de la cultura al Vaticano, al Louvre, al Prado, a la galería Pitti o a L'Uffizii y encontrará que los grandes artistas tuvieron inspiración cristiana como fueron cristianos los grandes escritores del siglo IV, los del siglo XVI, épocas cumbres del pensamiento humano. En la música, en la mística, en la arquitectura, en la pintura, en la escultura, en la filosofía, en la literatura, los genios cristianos son legión.

El siglo nuestro heredó veinte siglos de cultura cristiana y su mejor intérprete, el más sabio, más abierto y si queréis, más avanzado, es el incomparable documento de la constitución sobre la Iglesia y el mundo de hoy. Desde una cátedra universitaria se puede afirmar, sin menoscabo de la verdad, que nadie, en esta edad, ha comprendido, orientado e iluminado al hombre del siglo XX como el Vaticano II. Ni la OEA, ni la UNESCO, ni la ONU, han elaborado un programa tan denso, humano y actual, dinámico, sociológico y audaz como la referida Constitución conciliar. La época nuestra encuentra una iglesia maestra y guía, luminosa y osada, equilibrada y humana, tan humana como divina.

Nosotros hemos sido leales al pensamiento católico: en las tesis como en las doctrinas, como en las prácticas, nos hemos propuesto exponer sin imponer, explicar sin timideces, escuchar el sentido moderno del pensamiento con ánimo de buscar la verdad. El estudiante nunca se ha sentido estrecho en nuestras aulas ni los que pertenecen a otras religiones han visto en el claustro otra cosa que amistad, respeto y señorío. El hebreo y el protestante jamás han dado una queja contra los profesores o estudiantes de sentirse oprimidos, menospreciados, subestimados u obligados a prácticas distintas de las suyas. El estudio sereno y paciente de los pensadores alejados de Dios o del pensamiento cristiano, ha sido señoreado por el análisis tranquilo. Por eso el estudiante de la fundación y el universitario de hoy, coinciden en afirmar que nuestra Universidad es un hogar, donde es alegre y libre la plegaria, agradable el claustro, severo el estudio, animada la tertulia del bar, pacíficamente li-

bre el ambiente, solidarios profesores y estudiantes con el dolor del compañero, del profesor o del empleado. Solidarios también con los triunfos de superiores, profesores y estudiantes en la vida académica, en la gestión administrativa, en los afanes de la política, en los menesteres de la técnica, en los aciertos y pesquisas de la cultura.

La sabiduría del Concilio fue para nuestro claustro, refrigerio, fiesta del espíritu y lenguaje acorde con nuestras miras y metas. Desde Monseñor Sierra hasta hoy, hemos procurado el agiornamento espiritual; aquí existe el diálogo permanente entre directivas, profesores y alumnos, egresados y padres de familia. Las puertas no se cierran en los decanatos ni en la rectoría y la audiencia principia con el alba y termina con la caída del sol. La verdad es respetada, buscada, inquirida con respeto por profesores y alumnos sin que jamás se le coarte. Es libre la investigación científica como es libre la búsqueda de sistemas pedagógicos siempre que los acompañen la seriedad y el sentido humano de los mismos.

Nosotros hemos heredado de los grandes fundadores: El Canciller, el primer Rector, el primer Decano de Derecho, aquella palabra que es una consigna, una meta y una orientación: gobernar es servir. El Consejo, la Junta, las Directivas, no han tenido otra mira que servir a la Iglesia, a la Patria, a la cultura, al estudiante, al egresado y ese servicio es el diálogo de las obras, más elocuente y eficaz que las palabras.

Agiornamento, diálogo, servicio, libre búsqueda de la verdad, función académica y directiva de los seglares, apertura a todas las clases sociales y a jóvenes de religiones distintas a la nuestra, en un lenguaje conciliar que nos encontró en esa línea **como una historia vivida por treinta años.**

El Instituto de Teología, la Academia Nacional de Historia Eclesiástica, fundada aquí; los seminarios de filosofía, teología y humanidades, el estudio de las encíclicas, son entre nosotros una tarea, una función, una obligación de cristianos ante ese humanismo que se nutre del Evangelio y va en busca de la verdad, no con la antorcha soberbia de Diógenes sino con la luz del Verbo que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Somos católicos sin novelerías, estrecheces ni pasivismo polvoriento. Aventados hacia el futuro, tenemos las anclas en los principios eternos. Nuestra brújula es Cristo y Cristo es la luz, la sabiduría, el pedagogo como lo llamó San Pablo, el único maestro como dijo San Mateo.

Sobre la proa de la nave el genio de Bolívar nos da un sentido continental de nuestra tarea universitaria y un sentido

cristiano en el derecho de gentes porque nadie como ella aplicado, a las naciones de América las normas del padre Vitoria, creador con los teólogos canonistas de Salamanca de una legislación internacional extraordinariamente justa, cuyo ápice son las capitulaciones de Ayacucho, la más bella página y más humana en las contiendas del continente. Nadie como Bolívar entendió la fundación de América en el futuro y el futuro no tendrá certidumbre sin América y sin el Padre Libertador.

La Universidad es social

Si nos preguntan a las directivas de las Universidades en qué militancia se agrupa el estudiante moderno, podríamos contestar en coro: que en lo social. Unos se van tras el espejismo de la lucha de clases, del estado omnipresente y acaparador, de la dialéctica materialista. Son los menos, los más agueridos y lanzados, aunque descuidan generalmente sus estudios. La mayoría de los estudiantes colombianos no piensan así, pero tampoco es individualista como lo fue la juventud de hace algunas décadas. Esa toma de posición, esa vertiente social, reclama de la Universidad, atención, cuidado, equipo docente, investigativo, orientador, muy avanzado y prácticas con el hombre de la calle que requiere su afecto, estudio y mano tendida.

¡Universidad que no irradia, parece! Aquí en estos claustros las encíclicas sociales, fundamento y garantía del problema contemporáneo, son cátedra de pensum en todos los primeros años de carrera como guía del espíritu social del universitario. En las técnicas, artísticas, jurídicas, humanísticas y sociales, el estudio de lo social se adelanta con el universitario que ya tenía nociones concretas en el bachillerato y algunas experiencias. En otras como en Sociología se estudia a fondo la dinámica de la sociología urbana y rural y el laboratorio permanente es el hombre de los barrios o de los campos, mientras que la encuesta es tarea que se proyecta a través de todas las clases y temas. En ella la cátedra magistral sede a menudo el campo a la personal inquietud.

El consultorio Pío XII, dirigido por los jóvenes universitarios ha elaborado medio millar de planitos para la gente pobre o tramitado sus querellas en un número que excede al anterior, por una soldada simbólica. Es social nuestra Universidad cuando en todas sus dependencias universitarias se enseña el cooperativismo con el resultado concreto de tener una excelente cooperativa de empleados a través de la cual van adquiriendo vivienda y dándose la mano en sus menesteres y calamidades. La Cooperativa de estudiantes nació en derecho y hoy va

extendiéndose por varias facultades con claras ventajas en tiempos de exámenes para comprar sus libros o ayudarse en momentos económicamente difíciles.

La Universidad los aplaudió a unos y a otros cuando los crearon, les da aportes generosos, respeta su total autonomía y les presta el personal técnico cuando lo han menester.

Aquí existen equipos que han estudiado a fondo el Oriente, el problema de la represa del Nare con sus implicaciones, traumatismos y posibles justas soluciones; como hay equipos en la acción comunal, en los campamentos universitarios, en los barrios y veredas, en parroquias y municipios, en el complejo estudio social en la zona Metropolitana. Equipos de Alfabetización y Sociedad de San Vicente, con un sentido de caridad funcional en estudiar al pobre, al niño delincuente, al desamparado. Todos los días los estudiantes de Servicio Social y los de Sociología están en diálogo con el que anhela mejorarse y con quien aún no ha pensado en hacerlo, para despertarlo. Fue un profesor eminente del Fulbrighth quien trabajó en los barrios pobres del norte de Medellín como profesor de Desarrollo de la comunidad, de la Facultad de Servicio Social, quien dijo y escribió dos cosas fundamentales: que los infelices de esos barrios entendían la acción comunal, aún estando desnutridos y que las estudiantes de la Facultad daban un rendimiento gratuito imposible de concebir en jóvenes hombres rentados en Estados Unidos.

Social la Universidad por sostener sus cuotas bajas adaptadas a la clase media: por haber logrado que la casi totalidad de los trabajadores del volante, de las porterías, de la construcción, que llevan cinco años, posean su casa modesta lo mismo que los profesores de tiempo completo en el bachillerato, en la preparatoria y en otras secciones de la Universidad.

ISLA se ha fundado con el patrimonio del Señor Arzobispo y con parte de los dineros de la venta del palacio en El Poblado. Apenas estamos comenzando la tarea pero ya tenemos allí nuestro querido círculo nocturno que capacita a obreros y empleados para la supervisión, la administración y la contabilidad en niveles intermedios. Cuántos líderes cristianos se han formado allí, ora como profesores o como alumnos. En una dependencia casi tan antigua como la Universidad, sugerida por un obrero en la primera junta que ha sido dirigida, orientada, sostenida y continuamente mejorada por universitarios exclusivamente. Qué orden, método, espíritu de superación, sentido Bolivariano, el del círculo nocturno para obreros. Allí funciona igualmente el primer bachillerato vespertino para niñas po-

bres con una cuota semejante al óbolo de la viuda, experiencia y apostolado de la Facultad de Ciencias de la Educación. La fundación ISLA estimula y apoya los seminarios de cooperativismo y los equipos de acción comunal y campamentos. Más tarde, cuando haya alguna posibilidad económica extenderemos la acción a formar líderes cristianos en campo patronal, en el de los empleados y campesinos. En esta semana las facultades de Arte y Decorado y Humanidades han fundado el Bachillerato Nocturno para niñas pobres, gratuito. Las alumnas serán las profesoras.

La Radio Bolivariana, no pocas tesis de grado y numerosos egresados han llevado a la fábrica, a la industria, al comercio, a la administración de justicia, a la vida parlamentaria y a la vida política, el criterio social de las encíclicas con objetivos a veces audaces, a veces osados, a veces realistas, a veces inmaduros, pero siempre honrados. El capítulo de la acción social de nuestros exalumnos se está catalogando en el kárdex de los mismos, con asombro y alegría de quienes lo consultan. La revista de la Universidad tiene en sus páginas no solamente el contenido doctrinario de varias semanas sociales en que ella ha colaborado o dirigido, sino en numerosos seminarios en que los sociólogos, los arquitectos, los trabajadores sociales, los profesores universitarios, han llevado ponencias o elaborado conclusiones. Nuestra Universidad ha sido abanderada de bienestar estudiantil en Colombia y su Rector ha aceptado complacido el puesto de principal en la junta nacional para tales menesteres.

La Universidad no puede descuidar al estudiante que sale y ella le busca su acomodo en los diferentes renglones de la actividad académica, comercial, administrativa, judicial o técnica, de acuerdo con su preparación y sus méritos pero lo recomienda a conciencia y procura vigilarlos en la ética profesional con amistosa cautela

Sobre el escritorio de la rectoría reposan las voces de estímulo del Senado, la Cámara, del ejecutivo, de la magistratura, de la jerarquía eclesiástica, de periodistas y radioperiodistas, de rectores y directivas universitarias, de entidades cívicas y culturales, de industriales, banqueros, organismos laborales, de asociaciones de egresados, que reconocen el titánico esfuerzo de la Universidad en sus treinta años por entregar al país una élite intelectual, técnica, científica, docente, administradora, de linaje moral y alcurnia espiritual. Cuánto hemos contribuido al progreso del país lo está diciendo Colombia en estos días. Son laureles merecidos por el Consejo y las juntas, por los pro-

fesores y estudiantes, por los egresados y benefactores. A mí me toca recibirlos como personero de sus esfuerzos y luchas y colocarlos en sus sienes como un homenaje de quien ha tenido un solo mérito: dedicarse a esta obra con alma, vida y corazón, puesta la mirada en Dios y guiado por el luminoso sendero de los próceres.

Es docente

En el año 37 me encomendaba Monseñor Sierra la oración final de estudios en el viejo caserón del antiguo seminario que recogía en sus muros las voces de antepasados ilustres, de ex-presidentes de Colombia, formados allí, de viejas generaciones de hidalgos sencillos y de sacerdotes que glorificaron al país en su cultura. Aquella vez decíamos, con el asentimiento de los tres grandes fundadores, de profesores y estudiantes de la Universidad, estas frases concretas que todavía pueden ser hoy un programa: "El ideal de un estudiante no puede consistir únicamente en la belleza física de los dioses y semidioses griegos; ni en la eficacia de los músculos como pretendieron los espartanos; ni en confundir la sabiduría con la virtud como lo enseñaron en el liceo y en la Academia de la Helade inmortal; ni en preparar las gentes para el despojo como pretenden todos los regímenes tiranos; ni en cultivar el carácter con menosprecio de los conocimientos, lo cual sucede en las pedagogías voluntaristas; en la pobre enteca e inmoral ética del éxito del pragmatismo de James; ni en deformar la generosidad del joven con el lucro fácil o el puesto prematuro en la política; ni en almacenarlo con datos, fechas o experiencias sin orientación; ni en infatuarlo haciéndole creer que el cartón, el premio o la exención le dan pasaporte para la inmortalidad y lo inmunizan contra los posibles fracasos.

La Universidad tiene que formar hombres; prácticos, para lo cual existen los trabajos manuales, los estudios de procedimiento, los laboratorios y talleres; científicos, con toda esa gama y teoría admirable del saber moderno; sociales, porque el mundo contemporáneo expresa el natural apetito de la sociabilidad con más tesón que en época alguna de la historia; investigadores, a lo cual sirve de modo sorprendente lo que los sabios han descubierto y el método como llegaron hasta el fin; y ayudan los nuevos sistemas que tienden a despertar iniciativas, a escuchar el alma profunda de los niños y jóvenes, a encauzar capacidades en embrión, a matar los complejos de inferioridad, a interpretar los diversos caracteres, temperamentos poleiformes, desarrollos dispares mentales, retardos en la for-

mación moral, religiosa, cívica; y tenaces para que el éxito corone sus empresas o el deber cumplido satisfaga sus almas; caballeros que sepan responder de su dignidad y de la ajena; conductores, que brinden a la Patria rectitud, desinterés, espíritu de bien común; padres de familia, que sean educadores de su propia virtud y poder; artistas que ennoblezcan el alma nacional; hombres justos, con todo el amplio significado de estas virtudes del evangelio; ciudadanos que amen, comprendan, hagan obras meritorias, trabajen por el público bienestar, se comprometan a superarse y a levantar el nivel de la sociedad; sabios que descubran los secretos que Dios escondió para que el hombre ejercitase su inteligencia y diese acicate a su voluntad, y en una palabra, cristianos en espíritu y en verdad, serenos en sus principios, apóstoles en su vida, patriotas en sus actuaciones, capaces de convencer a otro que la religión es salvaguardia de la ciencia, sostén de la humana dignidad, impetuoso generoso del progreso, razón indispensable para el orden, causa de empresas generosas, abnegadas, justas y magníficas.

¿Cuál será nuestro programa en el futuro? Las facultades eclesiásticas como lo quiere el Concilio; la facultad de medicina como nos lo pide Colombia; los institutos de investigación como lo reclama la Universidad moderna. ¿Cuándo serán esas cosas? La Providencia espera de nosotros superiores y de vosotros profesores, egresados y estudiantes, una rápida respuesta, lanzada y generosa. Y que la nación interprete nuestra lucha por sus derechos, sus glorias y su cultura, sin regateos, ni escauceos, ni titubeos. Gloria a Cristo y honor a Bolívar.

El siguiente es el texto del discurso pronunciado por el doctor Jaime Sanín Echeverri durante el homenaje tributado a monseñor Félix Henao Botero en el Club de Profesionales de esta ciudad, con ocasión de haber cumplido veinticinco años frente a la rectoría de la Universidad Pontificia Bolivariana:

Es un lugar común comparar al maestro con el sembrador. La propia palabra cultura fue lo que hoy decimos agricultura. El educador y el labriego parten del aparente desorden de la naturaleza en las mentes y en los suelos. Difícilmente limpian prejuicios y malezas. Trazan surcos. Inclínados en acto amoroso, el uno deposita palabras y el otro semillas. Han de estarlas librando día a día de la tendencia a retornar al estado selvático. Han de eliminar, sin lastimar las débiles ideas y plantas nacientes, los robustos herbajos de en torno, los parásitos visibles e invisibles, y estar mirando al cielo para que envíe la llovizna que vivifique y el aguacero que inunde, al sol para que dé calor

sin agostar, al viento para que refresque y no derribe. Un día el agricultor hinche sus graneros con la multiplicación de sus semillas, milagro no menor, como observa San Agustín, del mismo que multiplicó los panes y los peces. El maestro, en cambio, en lugar de recoger, ha dispersado su cosecha. La palabra seminal se ha mezclado con otras y producido frases que él no dijo, ojalá mejores que las dichas. En el molino de cada cerebro, las antiguas proposiciones oídas han sido transformadas, frecuentemente superadas. La imagen del maestro, desdibujada en la bruma del recuerdo, muchas veces aparece menguada y falsa. Desengañémonos, colegas. No somos tales sembradores. Hemos esperado veinte, treinta veces más que ellos, pero nuestra semilla eran palabras y las palabras las lleva el viento. ¿Qué podemos cortar hoy que sea nuestro? Nos hemos dado, es cierto, pero no para que otros se nos den, sino en la esperanza de que sean más ellos y más que nosotros. No tenemos trojas para la vendimia. No hemos sido sembradores sino semillas que, con la otra parábola, han de podrirse y deshacerse y desaparecer para que nazca y crezca y fructifique el árbol. Nuevos bautistas, sobre nuestras cabezas desgajadas ha de crecer el Verbo.

Estamos aquí frente a un caso maravilloso de abnegación. Es cierto que tiene títulos como el de Rector Magnífico y el de Protonotario Apostólico y exhibe de vez en cuando galas de violeta, y pontifica tal vez. La Iglesia y la ciencia lo cuentan entre sus figuras más señeras. La universidad que ha recogido por un cuarto de siglo lo tiene al lado de su fundador, uno de cuyos grandiosos aciertos fue el de señalarlo.

Lo recuerdo bien. Si había hombre insustituible era monseñor Manuel José Sierra. Nadie como él, tan firme, tan fuerte, tan maduro. De la rebeldía juvenil había hecho una universidad. Con un fiat había creado orden, ciencia, mística. Los profesores, los alumnos, la comunidad tenían en él a un adalid. Moisés de hogaño, hacía brotar los recursos económicos en la roca dura. Poseía una visión del futuro tan diáfana como para sus compatriotas no era la del presente, voluntad capaz de dominear la naturaleza, elocuencia invencible, dialéctica, implacable, perseverancia sin fatiga. En él la acción y la idea eran una. Filosofaba urbanizando. Alumbraba la inteligencia y la noche con lampos de saber. A su magnetismo todos éramos partículas incapaces de disgregarnos.

Y un día cualquiera, el día menos pensado, cuando su mayor obra todavía no se había desprendido de su dedo creador, con cinco años de azar, lo llama Dios para que supiéramos que la Universidad era suya, y los hombres de Dios sus meros ins-

trumentos. Miopes, veíamos agonizar la Universidad en la respiración fatigada del fundador. Hizo venir hasta su lecho al padre Miguel Giraldo, fundador de las Escuelas Populares Eucarísticas, profesor de la Universidad, predicador de las mejores homilías, sabio en pastoral, dueño de claras virtudes sacerdotales, humilde, compasivo, afamado. Dialogaron a solas. Todos supimos que le había entregado un sobre cerrado en el cual se contenía el nombre, destinado al Arzobispo Salazar, de quien Sierra consideraba que debía ser el rector. Dedujimos todos ligeramente que era el propio padre Miguel Giraldo Salazar.

Abierto el sobre, muerto ya el Rector, apareció el nombre de Félix Henao Botero. No hubo rebeldía, pero era tan abrumadora la pena por la ausencia de Sierra que un frío escepticismo se esparció por entre los mejores amigos e hijos de la Universidad.

A éste, que entonces era sacerdote joven, sus colegas y sus discípulos lo mirábamos sin tanta distancia. Había estado en la Universidad desde antes de fundada la Bolivariana, y había acompañado a Sierra paso a paso, nunca como émulo, siempre como fiel servidor. En el profesorado universitario no era el relampagueante filósofo sino el llano dialogante. No tenía su pluma el estilo tajante y final, sino la verdadera gracia del literato. entrometido no siempre en las profundidades metafísicas, sino frecuentemente en los rincones caseros y aún en “temas femeninos” con ágiles lecciones éticas. En la cátedra sagrada no acostumbraba la magnificencia subyugante de la más encumbrada teología, sino profundizar en los problemas de la apologética con diáfano sentido pastoral. Una franqueza nada principesca discurría por su parla cotidiana. Era muy antioqueño. Su andar, nada procesional. Los mismos ornamentos litúrgicos los vestía muy a la moda en que nuestros arrieros usan, como casulla, la ruana. Hablaba recio y se carcajeaba.

Pero es que en eso está la fuerza campecha de los antioqueños. Díganlo nuestros grandes escritores que, cansados de academia relamida, regresan siempre al habla popular. Nuestros obispos de zamarros. Los fundadores de ciudades, descalzos y cubierta su cabeza con el jipijapa. Los próceres que cubrieron siempre con el poncho sus charreteras. Es la autenticidad lo único que nos debe la república, pero lo mejor que puede tener un pueblo.

Fue entonces el gran desplejar de energías del doctor Henao Botero. El que era un sacerdote joven entonces, toca ya la edad venerable sin que uno solo de sus esfuerzos en estos veinticinco años haya tenido objetivo distinto de su universidad. Es

bello en cualquier país y más aún en Colombia ver que el más antiguo de los servidores del claustro es su rector. Los unos fueron retirados, los otros se fueron fatigados, muchos, llamados por Dios a calificar servicios, del menudo equipo sacerdotal escogido por Monseñor Sierra desde la fundación, este es el único que se conserva en la universidad. Del profesorado, quizás el doctor Alfredo Cock hubiera podido disputarle decanato, pero hace contados días terminaron los del inolvidable tratadista de derecho internacional y de derecho romano.

La universidad es obra de muchos, sin duda. Pero ¿quién será osado a discutirle a un rector como éste, de dedicación exclusiva de una vida, la primacía con incalculable ventaja sobre los demás hombres que la integran? Por temperamento parecería que en lugar de delegar trabajo tendiera Monseñor a absorberlo. Puede asegurarse que en los veinticinco años no ha habido decisión, aún de muy mediana importancia, que no pase por sus manos.

En la rectoría de las universidades colombianas sólo uno, el ilustrísimo, no sólo por título, Monseñor Castro Silva, lo precede en antigüedad. En el Consejo Nacional de Rectores, su voz y la de Mario Carvajal tienen toda la resonancia que corresponde a fundadores de la Asociación Colombiana de Universidades, ese amable foro en el que se discuten con tanta altura, con tal convivencia, los destinos culturales de la patria.

Dijo el maestro Valencia, y es verdad, que la Universidad Bolivariana nació gigante. Pero qué pequeña la vemos hoy, a la luz de las estadísticas, por su número de alumnos, por el de graduados, por el de facultades, por el de profesores, por la nombradía y la influencia obtenida en Colombia y en el exterior, por las áreas y los metros cúbicos construidos, por las publicaciones hechas, por los servicios suyos y de sus hijos a la Iglesia, a la patria, al desarrollo de las ciencias y de las artes, cuando la comparamos con el claustro amado, noble y diminuto a que nos cupo la honra de pertenecer hace veinticinco años, al recibir Monseñor Henao la rectoría. Obra suya es tanta diferencia y seríamos mezquinos si se lo negáramos en lo humano, que bien sabemos que ante todo es obra de Dios.

Antes de que fuera moda conciliar ésta de alabar el diálogo como el método insustituible para la salvación del mundo, Henao Botero lo preconizó y lo realizó como ley suprema universitaria. Aquí sí nadie puede decir que pasó por la Universidad sin conocer al rector o que lo oyó simplemente en sus magistrales disertaciones académicas. Día a día, en el cafetín de la universidad, en cada una de sus escuelas, dialoga en tono me-

nor, entre gracejos, con el discípulo, con el profesor, con el lus-trabotas, con el mozo que le trae los cigarrillos, con la traba-jadora que asea los pisos. Esa ha sido su gran cátedra. Como sin pretenderlo, ahí ha resuelto la angustia de quienes dudan de la fe, la inestabilidad de quienes piensan abandonar sus estu-dios, el dolor de quienes han perdido a sus padres, la angustia de quienes han querellado con sus novias o andan descaminados en sus costumbres. La rectoría ha mantenido siempre su puer-ta de par en par. Allá llegan siempre los iracundos y salen ri-sueños. Los angustiados salen serenos. Los fríos, enfervoriza-dos. Los tibios, apóstoles.

La palabra de Monseñor Henao, que en la tribuna pública y aún en la cátedra sagrada era medio eficaz para conducir masas, se convirtió en privilegio al alcance de cualquiera, para su uso individual, que haya querido pasar aquella puerta, sin antecelas, ni cita previa, ni secretaria que anuncie al visitante.

Por eso Monseñor Henao pertenece a la categoría de lo en-trañable en esa vasta y selecta sociedad de sus discípulos, que hacen obra en todo el país. Sus deseos son norma para sus amigos. El sabe cuál es el bolivariano disponible para un em-pleo, y oportunamente hace el servicio de sugerirlo al emplea-do. Sabe en qué casas hay abrigo superfluo y, sin que nadie lo vea, viste al estudiante huérfano o pobre. El ha tenido el don del estímulo individual, y a quienes se inician en los difíciles campos del arte y de las letras, les ha reconocido su valía des-de la juventud y les ha trazado claros derroteros de belleza y de servicio. Díganlo si no la serie de excelentes escritores a quienes él llevó a sus periódicos y a sus emisoras. Porque no sé si hay en Colombia un sacerdote que, mientras pudo, haya hecho mayor apostolado en la prensa y en la radio.

Lo demás, una larga paciencia, como la requerida por el griego. Veinticinco años de rectoría no son un cuarto de siglo de gloria. El gobierno de los hombres así de cercanos es más difícil que el de millones de súbditos que el príncipe no conoce ni trata. Al rector se le está juzgando cada hora con criterio exigente. Cada conversación está seguida de una sentencia, fre-cuentemente adversa. Por su oficio tienen que decir "no" muy a menudo y esta expresión deja una resistencia que puede acu-mularse por años, si no la borran muchos "síes", muchos actos positivos en que el superior y el maestro renuncian a su yo, hasta convertirse, sin saberlo, en alguien a quien más intere-san los otros, alguien que vive amorosamente muchas vidas más que la suya propia, alguien que, olvidado de sí, lleva una

existencia sin posibilidades de ascenso ni de descanso, ni de riqueza, ni de estímulo, llena de triunfos en los triunfos ajenos, llena de lágrimas en los ajenos dolores.

Aparentemente hoy no es más importante Monseñor Henao Botero que hace un cuarto de siglo, cuando lo hicieron Rector, una obra literaria que había iniciado con brillo apenas tiene cada año expresiones pasajeras en sus Pláticas de Cuaresma. Tenía capacidad de literato indudable, pero esta gloria tuvo que cambiarla por el rudo quehacer cotidiano, que en ninguna parte queda escrito. Su profesión parecía ser el periodismo. La tentación de las letras de molde, la ilusión de estar conduciendo con una máquina de escribir las grandes masas, la cambia por este lento y profundo influir en un grupo pequeño, sin la gloria individual de su propia firma, sino en el anonimato de una institución y de un equipo de hombres, donde ya es imposible el estilo individual y la glorificación de la personalidad. Nada de las amenas tertulias ni de la moderada y grata bohemia. Quien dejó el consuelo y la tortura de los hijos va quedando, sin padres ni hermanos, abandonado a la paternidad espiritual, tan honda y tan poco sensible. La oratoria la cambia por admoniciones. El tratado de filosofía iniciado, por ocasionales discursos de circunstancias, robando escasas horas de sueño. El mismo placer de viajar, de tan moroso deleite en su juventud, ahora es flaco de hechos memorables y cargado de exigentes tareas.

Pero he aquí a un hombre cuya biografía tiene pocos metros de ámbito y muy escaso color, pero está hecha en cemento armado. En veinticinco años han ido surgiendo las escuelas. Hombres de distintas profesiones están dispersos por el país y alaban a Dios en todas las disciplinas. Ellos, quiéranlo o no, confiésenlo o no, sépanlo o no, son su obra. Influyen en los gabinetes y en los parlamentos, en las embajadas y en las industrias, en la banca y en la universidad, en el urbanismo y en el servicio social, en el foro y en el laboratorio, en el secreto del bufete y en el grito del ágora. Su pensamiento y sus obras son de la Universidad. En cada uno de ellos está la impronta de Sierra y la de Henao Botero. Hay ya segunda generación en las aulas, como la segunda suerte de los sembradores de pino, mejor que la primera. Se ha hecho iglesia por la multiplicación de los fieles en los hijos. Se ha hecho patria, se ha hecho ciencia, se ha hecho amor. Y cuánto en tantos años multiplicándolo por tantos hombres y mujeres, por sus discípulos, por sus trabajadores, por sus vecinos, por sus cónyuges, por sus hijos. Es la fortuna de quienes no pueden reducir su obra a estadística.

Señor Rector: después de veinticinco años de esconderos a trabajar, de sufrir sin quejaros, de construir sin ruido la universidad, de labrar en cada alma de vuestros discípulos una imagen de Dios y otra de Bolívar, de ser buen colega de vuestros profesores y decanos y buen camarada de vuestros discípulos, un solo título tenemos que reconoceros para gloria del claustro: soís digno sucesor de Sierra.